

PAMPEROS Y SUDESTADAS

Por ANTONIO POZZI

La presencia de pájaros en la arboladura y cordamen de un buque en alta mar es un acontecimiento extraordinario cuando se trata de especies cuyo habitat de preferencia está en los bosques y pajonales, no siempre próximos a las playas.

El hecho tiene su explicación en la velocidad de los vientos de tierra, cuya persistencia no les permite cambiar de rumbo a aquellos que fueron sorprendidos por el temporal, fuera de sus abrigos.

En un crucero realizado durante la segunda quincena del mes de septiembre de este año por el buque oceanográfico « Comodoro Rivadavia », de la Armada argentina, cuando navegaba de través con el Cabo Santa María, República Oriental del Uruguay, a cincuenta o sesenta millas de la costa más próxima, y en aquellas condiciones poco deseables, que ponen a prueba la resistencia de los pasajeros que se marean, llegaron a bordo, traídos por el fuerte pampero, presente con su acostumbrada dureza en aquellas latitudes, un chingolo (*Zonotrichia capensis*), una palomita torcaza o de la virgen (*Columbina picui*), un churrinche (*Pyrocephalus rubinus*), un atajacaminos o dormilón (*Hydropsalis furcifer*) y dos benteveos (*Pitangus s. bolivianus*), probablemente un macho y una hembra, pues es la época del año en que los individuos de esta especie ya están apareados. Es fácil imaginar la suerte deparada a estos pobres bichitos, genuinos representantes de nuestra avifauna criolla, de no haber tropezado con esa verdadera tabla de salvación.

Testigos presenciales de esta volátil y heroica aventura, fueron los empleados del Museo Argentino de Ciencias Naturales « Bernardino Rivadavia », que acompañaron en su viaje de estudios al Director de dicha Institución, Prof. don Martín Doello-Jurado, entre los que se hallaba un hermano de quien al amparo de las siempre hospitalarias páginas de EL HORNERO cumple el encargo de dejar esta constancia. De más estará decir que cuando el barco se aproximó a tierra, los alados pasajeros desaparecieron como por encanto. El único de ellos que pagó una contribución, dejando lo mejor y más vistoso de su plumaje, fué el caprimúlgido, y ve-

remos a continuación cómo se las arregló el pobre pájaro para quedar cumplido con los que, sin quererlo del todo, le salvaron la vida.

Cuando la gente de la tripulación notó la presencia de los emplumados huéspedes se dió de inmediato a la tarea de perseguirlos para capturarlos y poder ver de cerca, con pruebas al canto, si el churrinche era tal o un pecho colorado, y si el atajacaminos era eso o una tijereta muy desarrollada; las opiniones a este respecto estaban muy divididas entre las personas que no formaban parte del personal del Museo. Quiso la poca suerte del atajacamino jugarle una mala pasada, haciendo que su larga cola, 38 ó 40 centímetros, en forma de horqueta o tijera, sobresaliese de la cubierta de botes lo suficiente para poderla alcanzar una mano que él no podía ver, pero como el tirón fué más recio que la resistencia de las plumas en la rabadilla, quedó enterita en poder del improvisado cazador. Estos pájaros tienen muy blandas las plumas y fáciles de desprender. Un perseguidor más afortunado que estaba cerca lo atrapó en seguida, quitándole la oportunidad de hacer algunos ensayos para volar sin timón. Lo encerraron en la salita de cartografía tapándolo con un canasto papelera de alambre tejido, y le ofrecieron como sustento algunos trocitos de galleta mojada y picadillo de carne.

Es casi seguro que, tratando de adaptarlo a semejante régimen alimenticio, hubiera corrido la misma suerte que si el viento lo hubiese sacado trescientas millas mar afuera. Los de esta familia son pájaros insectívoros que preferentemente se alimentan de mariposas crepusculares y nocturnas, que cazan volando.

Hallándose el barco a pocas millas del puerto de Montevideo, un fuerte bandazo o roldo hizo resbalar desde la mesa de dibujo hasta el suelo, el aparato de tela metálica que cubría al forzado ayunador, que, disponiendo de mayor libertad de movimientos, no tardó mucho en descubrir y enfilar el único ojo de buey que permanecía abierto para ventilación del local. Es de suponer que para cuando vuelva a soplar con furia el pampero, habrá repuesto las plumas de la cola que dejó como un recuerdo para el Museo Argentino, donde se conservan actualmente, siendo de desear que su legítimo dueño se halle a buen reparo en algún bosque tupido o de aquellos breñales que habitualmente frecuenta esta especie.

Se nos ocurre preguntar ahora si serán muchos los pájaros que se pierden en el mar cuando son llevados por los vientos de tierra a largas distancias. No nos atrevemos a hacer afirmaciones categóricas, pensando que algunos, si no todos, podrían estar dotados de la resistencia necesaria para mantenerse en vuelo hasta encontrar corrientes aéreas que favorecieran su regreso. Lo que no admite dudas al respecto es que si cayeran al agua estarían irremisiblemente perdidos.

Con las aves marinas ocurre a la inversa, como ha podido comprobarse

en varias oportunidades, y lo que más llama la atención es el hecho de tratarse de aves voladoras y planeadoras por excelencia, como son los Albatros. Pero éstos tienen la ventaja de poder reponer sus fuerzas en cualquier charco o laguna donde algunas veces fueron vistos y también capturados.

Nos referiremos de paso a un episodio inherente a las tareas a las que desde temprana edad se ha dedicado el que esto escribe, sacrificando como coleccionista ornitólogo innumerables e inocentes víctimas.

Habíamos llegado con dos amigos al rancho de un paisano nutriador que había sentado sus reales en las cercanías de los grandes juncuales y espadañales que bordean las orillas de esa enorme laguna que se llama « La Yalca », situada a unas cuatro leguas al este de la laguna de Chascomús. Noche de frío intenso, nos arrimamos al fogón, y le oíamos con fingido interés, entre mate y mate, una serie de cuentos y narraciones a cual más disparatada e inverosímil, donde el protagonista, siempre triunfante, era él. Seguramente habrá sorprendido algunas miraditas de inteligencia entre los tres del auditorio para resolverse a dejar de lado los aparecidos, las ánimas y las viudas. Eligió entonces el que le pareció mejor candidato para hacerle esta pregunta:

— Usted, que me contaron que conoce mucho *custión* de pájaros, ¿ha visto alguna gaviota grande alguna vez?

Contestó el aludido que la gaviota conocida entre nosotros por cocinera, era la más grande que había visto. Con un tono de lástima explicó el hombre que cualquiera que haya andado un poco en el campo conoce de sobra esa clase de bichos que se hartan de carne podrida en las osamentas, y son capaces, como los caranchos, de matar una oveja sacándole los ojos primero y destripándola a picotazos después, cuando en la época de reproducción, la encuentran caída y no puede levantarse.

— Vea, amigo — continuó diciendo: — esa gaviota no es nada comparada con las que yo he visto, grandotas como esos cisnes que hay de cogote negro. Son bastante raras, y he visto dos solamente en el medio de la laguna, en ocasión de unos temporales de mucho viento y lluvia, el año pasado, a fines de este mismo mes de Julio.

Contestó extendiendo el brazo para indicar el rumbo con la mano hacia el Sud Sudeste cuando le preguntamos de qué lado estaba el viento durante esos temporales.

Algún trabajo le costó entonces al que conocía *custión de pájaros* convencer al paisano nutriador que esas eran aves marinas, que nada tenían que ver con las gaviotas, y sólo debido a las circunstancias apuntadas habían llegado a « La Yalca ». No había lugar a dudas, eran Albatros.